

Mientras estas toman el fresco, otros toman apuntes en la playa.

715

LA SAETA

6 OCT. 1973

20 CEMS

MISCELÁNEA

Kiosco LA SAETA

RAMBLA DEL CENTRO
FRENTE CALLE DE FERNANDO

Gran surtido de tarjetas postales, láminas de la República, retratos del Rey, venta de toda clase de semanarios ilustrados y demás periódicos.

La señora Propietaria de este kiosco, á más de LA SAETA, recibe

Heraldo de Madrid, Heraldo Taurino, Heraldo de la Rioja, Heraldo de Aragón, Correo de Valencia, La Caza Ilustrada, El Enano, Don Jacinto, Los Cómicos, Arte y Esport, Rosa y Azul, Diario de la Marina y el popular *Vox Populi*.

En este kiosco, además del cupón que se entrega por cada cinco céntimos de gasto, se hacen diferentes regalos.

Diálogo al vuelo:

—Le digo á usted que los microbios se transmiten por las persona-.

—Y yo le digo que se transmiten por el aire.

—Usted disparata.

—El que disparata es usted, señor mío.

—Apelo al testimonio de las mayores autoridades científicas.

—¿Qué autoridades presenta usted en apoyo de lo que sost ene)

—La de Koch. ¿Y usted?

—Otra de mucho más peso que la de Koch.

—¿Cuál?

—¡La de *carbón de piedra!*

⁂

Un novio á su novia:

—¿Qué te seduce más, el presente ó el futuro?

El futuro, con tal de que me hagas algún presente.

⁂

Gedeón á su criado, que acaba de desempeñar malísimamente una comisión:

—¡No tienes sentido común, muchacho!

—Pero, señor...!

—¡No hay pero que valga? Eres un idiota. Cuando tenga que enviar un imbécil á algún recado, no te necesitaré para nada. Iré yo solo.

⁂

La madre á su hijo.—Hoy has sido malo, y en cuanto venga tu padre se lo diré.

El niño.—¡Cómo se conoce que eres mujer! No te es posible guardar un secreto.

⁂

Charada

Mi *prima-tercera-cuarta,*
en la calle *tres-primera,*
junto con su amiga Lola
y *una-tres* que la corteja,
hoy han comprado una *todo,*
que resulta ser muy buena,
según les ha asegurado
que tiene algún *tercia-dos*
con un chico de la tienda.
Les ha costado ¡señores!
dos-tres pesetas, y media
que le han dado de propina
al amigo de la Petra.
¡Si siempre las vende así,
las ganancias serán ciertas!

MORENO

⁂

Cuadrado

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *

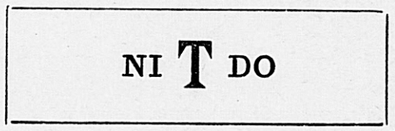
Substituir las estrellitas por letras, de forma que sea, vertical y horizontal, lo siguiente: 1.º, res; 2.º, parte de las aves; 3.º, edificio; 4.º, verbo.

UN QUÍTOLIS

⁂

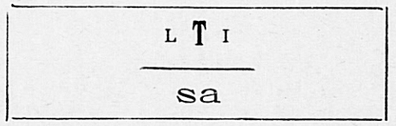
Jeroglíficos comprimidos

I



E. GUAL

II



P. BASTENS

Soluciones á lo insertado en el núm. 714

CHARADITAS. — I. Mantecada. — II, Maturana.—III, Simiente.

FUGA DE VOCALES:

He de jurar por las cruces
que le hicieron en las manos
cuando estaba en la agonía,
que mi cariño era santo.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Canarias.—II, Cuenca.

AÑO XV BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1904 NÚM. 715



AUNQUE les parezca extraño, no he tenido tiempo de ir á ver el teatro de verano en las Arenas de Barcelona.

Pero tengo un amigo chocolatero que me da los siguientes detalles de aquel espectáculo.

Dice que al compás de la sinfonía de la ópera que van á cantar, sale al ruedo la cuadrilla (quiere decir la compañía), con la tiple, la contralto y el tenor á la cabeza, marcando el paso con guapeza. El público prorrumpe en demostraciones de entusiasmo, el cual no cesa hasta que termina el acto. Después de una romanza ó aria, se llena el ruedo de sombreros, si es la tiple la que ha cantado; y si es el tenor, llueven los cigarros de todas clases y tamaños.

El resto de la compañía, con el coro, baile y comparsas, se encuentran entre burladeros, que es como si dijéramos entre bastidores.

Según mi amigo, resulta el espectáculo muy original y nuevo.

—¿Pero dónde se viste el personal artístico?—le pregunté, deseando adquirir más datos.

—¡Oh! Eso está de lo mejor. Las partes principales en los chiqueros, el coro en la enfermería, las bailarinas en los corrales y los comparsas donde pueden.

—¿Y está aquello en condiciones...?

—Yo no he visto más que el chiquero del tenor, y ya quisieran algunos teatros de rumbo tener cuartos como aquél.

—¿Y se oye bien?

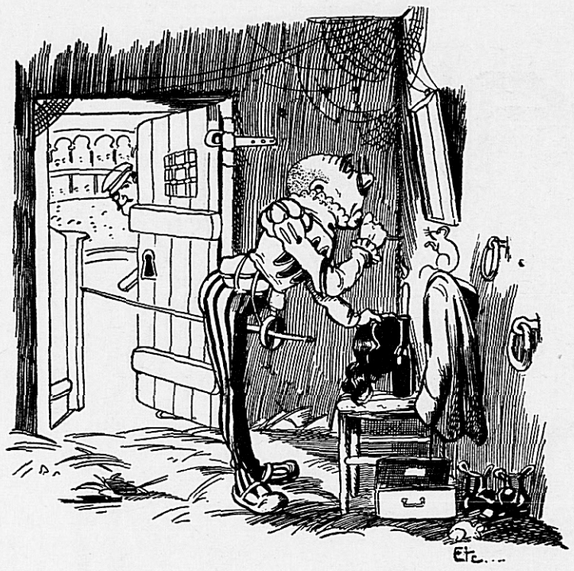
—Mejor que cuando brinda Mazzantini.

—¿Pero dónde diablos han colocado la orquesta?

—Los ochenta profesores que la componen, están formados en el ruedo debajo del palco presidencial, lo mismo que los alabarderos en las corridas á que asisten los reyes.

—Yo creo que si es tal como se dice, el espectáculo no debe producir ilusión teatral.

—¿Que no? Ya lo creo. Allí resulta el arte dramático, lírico y taurómaco.



—¡Caramba!

—Sí, señor. Hace dos noches hicieron *Faust*.

—¿Y agradó?

—Hasta el entusiasmo. Sobretodo cuando Fausto *trastea* á Valentín ayudándole en la *brega* Mefistófeles, no hubo más que pedir. Fausto, de verde y oro, con plumas en el birrete y con frescura, le paró los pies al barítono, tirándose por derecho con una algo *pescuecera*, que le valió la gran ovación y que no necesitó la puntilla del bajo. Aquello fué el delirio; y tan loco estaba el público, que en vez del Padre Nuestro que el coro le reza al cadáver, pidieron el paso doble de *Pan y Toros*, y hasta hubo quien pidió las mulillas.

—Me deja usted loco...

—Pues todo cuanto le digo es pálido al lado de la realidad.

—¿Y quién dirige todo aquello?—seguí preguntando con creciente interés.

—¿*Quién ha de dirigir, el presidente*?

—¿Como en una corrida?

—Lo mismo. Por más que aquí tiene que saber algo de música para llevar el compás y para avisar á los timbales cuando hay que variar la escena.

—Nada, que me parece todo esto un sueño.

—El presidente tiene delante un atril con la partitura, un reloj para que los calderones no duren más que el tiempo reglamentario; y si algún artista se duerme en una nota, que es como si se durmiera en la suerte, en seguida hace señas con el pañuelo verde y al corral.

—Y el público armará las grandes broncas.

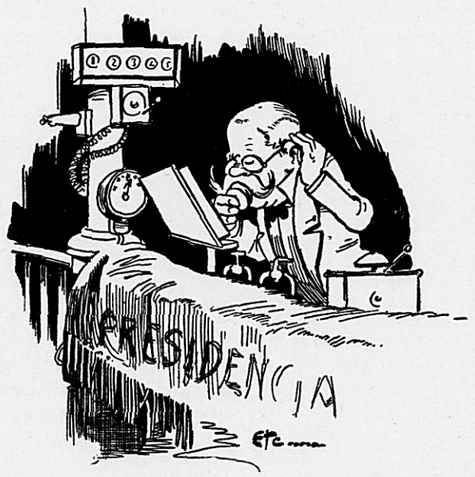
—*No, señor, porque el presidente sabe lo que se hace y le da gusto á los aficionados.* Sin ir más lejos, no hace muchas noches que estuvo si saca ó no saca el moquero rojo, para que le pusieran al bajo banderillas de fuego; pero el hombre cumplió y al fin no pasó nada.

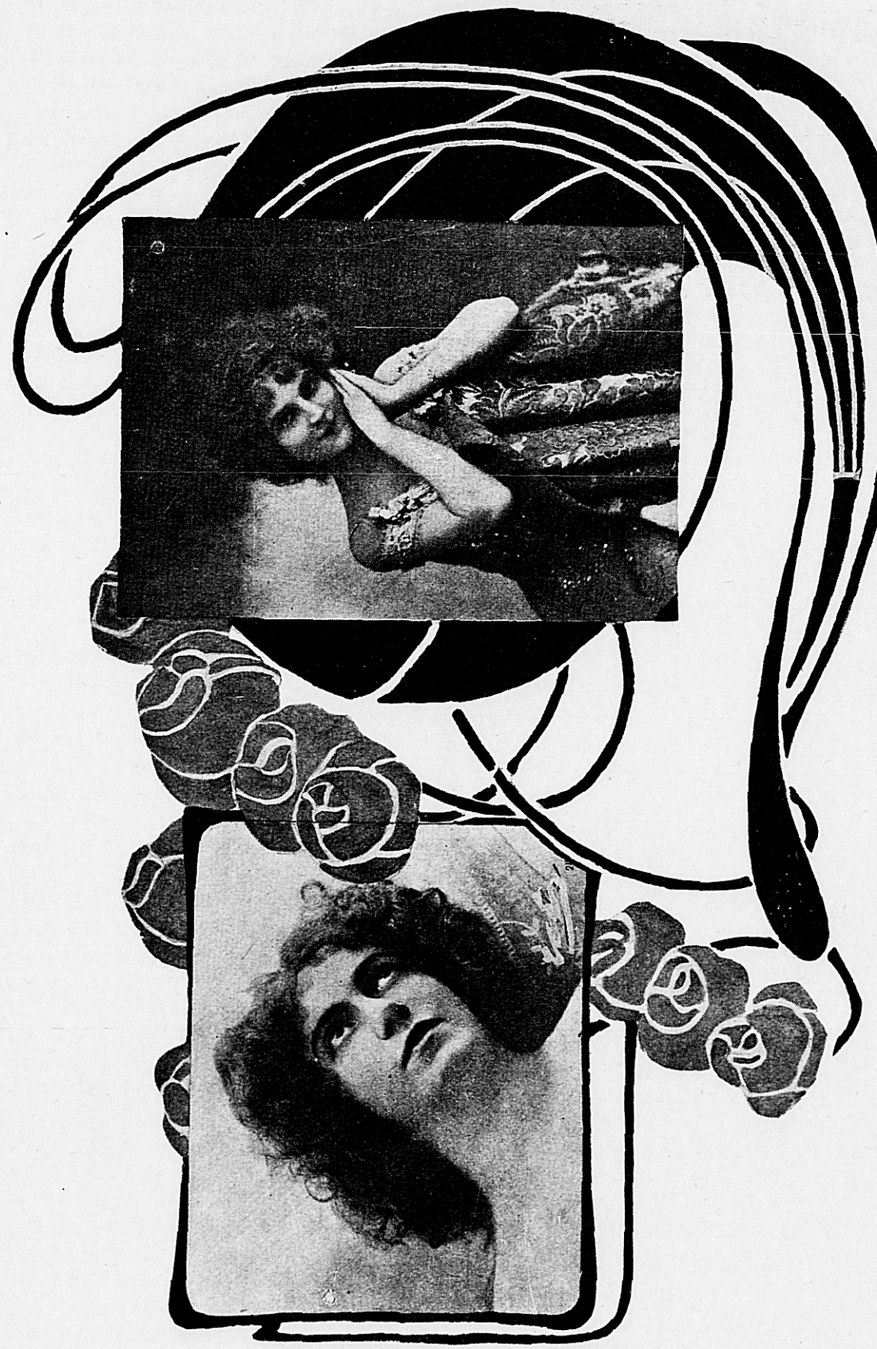
—Pues no me diga más que esta noche no falto,—le dije al chocolatero resuelto á encaminarme á la nueva Plaza de toros.

Pero más tarde he sabido que mi amigo es un grandísimo embustero, que ni había visto el espectáculo ni sabía lo que se decía.

Mejor enterado, puedo asegurar que es un teatro como otro cualquiera, muy grande, muy fresco, y con artistas modestos y aplaudibles. Esta es la verdad del caso; de modo que continúo sin ir, esperando á que anuncien la lucha de algunas fieras para buscar emociones fuertes.

JOAQUÍN ARQUES





Las hermanas Gloria, artistas especiales en distintas *especialidades*

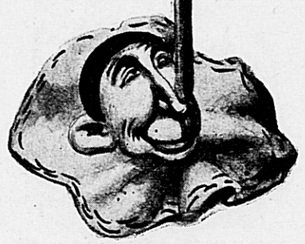
Rápida



Sentadita en modesto taburete con un lío de tela sobre la falda y sin dar un momento de tregua á la aguja que graciosamente sujetan sus rosados dedos, la pobre Carmen, la simpátita modistilla de cabellos blondos y ojos glaucos pasa de crepúsculo á crepúsculo en el balconcito de su obrador con resignación de mártir...

Nacida en un pueblecito de la costa santanderina, se encuentra en Madrid desde hace un año, arrastrada allí por una fuerza misteriosa que la lectura de libros galantes hizo germinar en su alma y que ni consejos ni amonestaciones de nadie pudieron atajar.

Jovencita aún, cuando apenas contaría sus quince abriles y después de muchas horas diarias de pesado trabajo en el campo bajo la presión de un sol calcinante que tostaba sus albas y tibias carnes, regresaba al pueblecito con sus padres á reponer sus mermadas fuerzas para repetir la suerte al día siguiente. Carmen, encerrada en su cuartito de paredes enjabelgadas y á hurtadillas de ellos, que continuamente la asediaban, leía con avidez, devoraban sus ojos con verdadera fruición las páginas de revistas y libros en los que aparecían como escritas en letras de oro la vida alegre y risueña con un amanecer de la Otero, de la Cheburgo, de la Chavito y de otras tantas *gozadoras* que conquistaron el mundo con sus liviandades y que con su fausto y boato se habían eregido en reinas de la moda, y leyendo todo aquello, paseando sus mareantes ojos por las páginas aquellas que la emborrachaban y en las que levantando un altar á la carne se adoraba con loco frenesí á todo lo sensual y humano, sentía bullir en el fondo de su alma de campesina un deseo de ser completamente libre y seguir los mismos derroteros que aquellas deslumbradoras estrellas de la flamenquería española, que acabó por abandonarlo todo yéndose á la corte.



Cuando su mujer á Paco, se le sube á la nariz,

En Madrid quería acaparar, sea como fuere, lo necesario para emprender el viaje para París, á su soñado París, en el que creía verse ya junto á un opulento marquesito paseando por las anchas y magníficas avenidas de la gran villa cosmopolita en riquísimo *landeau* arrastrado por briosos corceles, y halagada por estas ilusiones que acariciaban su mente, se puso en la corte á trabajar de modista; pero, ¡ay! que la simpática obrerilla nota que su alma fogosa se va enfriando á medida que la realidad de la vida borra poco á poco todo apasionamiento de su corazón, y así como en un principio, mirando al través del prisma de sus doradas ilusiones no veía otra cosa que alhajas, coches, criados y un enjambre de señorones que solicitaban sus amores, ahora ve al mismo tiempo el terrible espectro de su deshonra que, en forma de negra ola que se hincha y agiganta ante sus ojos soñadores le infunde miedo, mucho miedo y que acaba por arrollarla, revolcándola en el lodazal de la lujuria, y estas dos tendencias tan contrarias que se agolpan en su mente la mantienen dudosa, perpleja por breves momentos, hasta que su fiero corazón, amargado por la hiel de la realidad tras denodada lucha con su alma alegre como un cascabel, acaba por vencerla aquélla, obligando á la modistilla á permanecer clavada en su modesto taburete, con el lío de tela sobre su falda, y sin dar un momento de tregua á la aguja que graciosamente sujetan sus rosados dedos.

E. BERNABEU TORREGROSA

Un consejo



A vosotros, *¡oh, jóvenes imberbes!* que dais vuestros primeros pasos por el espinoso y resbaladizo camino del amor, á vosotros los que aun no habéis sentido en vuestro corazón las amarguras del desengaño, á vosotros los que camináis por las tinieblas, voy á daros un consejo, y con él una antorcha que os ilumine y os haga ver los tropiezos y abismos que en ese camino habéis de encontrar.

Pero antes permíteme, lector, que te haga esta pregunta:

—¿Eres rico? ¿Sí? Pues entonces para ti será el amor, tú gozarás sus embriagueces, las mujeres te mimarán, te llamarán *rico*, monín, simpático, etc., etc., aunque seas más feo que *Picio* (y dispénseme este señor á quien no conozco) te llevarán, como vulgarmente se dice, en palmas. Pero desgraciado de ti, si las llegas á creer, si tu corazón se interesa, tu perdición es segura; lo que logró tu riqueza lo perderá tu candidez; se mofarán de ti, te llamarán *primo* y serás el hazme reir de esos encantadores diablillos con faldas.

Goza, triunfa, disfruta del amor sensual y voluptuoso que te ofrezcan, pero deja á un lado el corazón, no le permitas latir; cuando alguna te se resista, en vez de ofrecerle amor eterno, en vez de caer á sus plantas de rodillas implorando cariño, te das disimuladamente golpecitos en el bolsillo del chaleco, y verás, el efecto es instantáneo y el resultado seguro. Sigue mi consejo, y vivirás tranquilo sin sentir en tu pecho la venenosa mordedura del cruel desengaño. ¿Eres pobre? Infeliz de ti, ¡te compadezco! Tú eres un sér innoble y miserable, un ente despreciable, para ti no hay amor, á ti te están negados esos sublimes goces, no aspires á ellos si no quieres sufrir una decepción.

Si tienes una buena figura, y una naturaleza fuerte y vigorosa, tal vez que por un capricho, y sugestionada por lúbrico deseo, alguna se entregue á ti. Pero, ¿cuánto te durará esta dicha? Lo que un relámpago, lo que tarde *ella* en quedar satisfecha, después... después se avergonzará de haberse entregado á ti y te despreciará, dejándote más desesperado que si no te hubiera hecho conocer aquella felicidad. Lo mejor es que huyas de ellas y te contentes con alguna que, por su horrorosa fealdad, no pueda aspirar á un amor más ventajoso. ¿Que os parecen mis consejos? Con seguridad que muchos de vosotros diréis:

—Este *tío* no conoce el mundo, no sabe lo que se pesca.

Pero he ahí la equivocación, por desgracia lo sé por experiencia. El día que os suceda lo que á mí, el día que tengáis un *tío* á quien se supone *rico*, y una mujer que dice amaros con toda su alma y á la cual habéis entregado vuestro corazón y en la que fijáis todas vuestras ilusiones. Pues bien, el día que ese *tío* muera y *muera pobre* y esa mujer sin causa justificada os niegue su amor y os retire su afecto. ¿Qué pensaréis?



hace lo mismo que Jaime: aguantar bien, y á vivir.

¡Ah! Y cuanto sentí en aquella ocasión no poder darme golpecitos en el bolsillo del chaleco.

M. TRENADO TIRADO



Prueba plena

Fabricia lloraba inconsolable, bajo el peso de una gravísima acusación. Su nombre rodaba *manchado por los salones aristocráticos donde antes brillara limpio*, con la aureola de la virtud; y su caro esposo, su entrañable compañero, rendido al peso de una evidencia circunstancial, la abandonaba con su pequeña hija, huía de aquel dorado palacio donde el amor intenso y la alegría honrada construyeran en los tres años de matrimonio la base de un idilio interminable.

¿Quién pudo ser el elegante criminal que, combinando la torpe calumnia con tales apariencias de verdadera traición, echaba por tierra el edificio de su honra acrisolada? ¿Quién á ella, tan inofensiva, tan estimada, podía tener interés en mancharla de aquel modo?... ¡No podía sospecharlo!... Húndense las naves en el mar, porque una ola empuja á otra y ésta á cien y cien distintas entre las cuales se pierde la que cometió el delito. Ella, pobre nave del mar social, sólo podía darse cuenta de una cosa: de que su situación era desesperante, de que naufragaba.

Como una mole gigantesca, la bola de nieve formada por las murmuraciones, aumentaba rodando por el fango del arroyo, y, temible, monstruosa, pesaba sobre su corazón, oprimiéndolo *despiadadamente*.

Revolviéndose, nerviosa de dolor, en el lujoso diván donde, sollozando, desahogaba su honda pena, dirigía sus miradas inquietas á la alcoba conyugal, al lecho de amor sublime, espléndido. Allí, su pequeñuela, el cuerpo del delito que la sociedad le imputaba, lloraba también. Y, al recuerdo de las delicias pasadas, á las amarguras del presente, á la perspectiva del nuevo porvenir, caía abatida sobre el pecho su hermosa cabeza de cabellos negros y abundantes.

De pronto se levantó: una idea súbita había iluminado con luz vivísima su espíritu. Iba á probar el último medio; en un esfuerzo sobrehumano, *prescindiendo de todo egoísmo y miramiento* personal, iba á intentar directamente la reconciliación con el marqués su esposo. Había que probarle á todo trance que aquella niña inocente era hija suya; había que destruir la calumnia de adulterio lanzada por los criminales de salón.

La hijita de sus entrañas seguía llorando... Se decidió.

—*Calla, angelito mío,*—*le dijo.*—*Llamaremos á papá.*

—¡Papá! ¡Papá!—gimió entonces la niña.

Y Fabricia, resuelta á todo con tal de que no se consumase la iniquidad del abandono, por el divorcio entablado por el marqués, sacó fuerzas de flaqueza, sentóse junto á un velador, cogió la pluma y escribió lo siguiente:

«*Muy amado esposo:* ¿No quieres creer en mi inocencia? ¿Persistes en destruir la felicidad de esta casa con la tuya propia? ¿Nada han pesado en tu conciencia los hondos sufrimientos de una

esposa y de una hija, ni los buenos oficios de tu excelente padre? ¿Vale la calumnia frívola más que la virtud sincera y probada?... Mucho me cuesta resignarme á decírtelo, pero... ¡cúmplanse tus deseos! Ya ha cesado mi oposición.

»Ahora, en pago de mi condescendencia, te suplico que aceptes la condición que te voy á imponer. Tú, el apasionado amante de otros días, el hombre valiente, el noble caballero; tú, que que por conservar limpio tu honor sancionas la maledicencia de nuestra vil sociedad con una escandalosa demanda de divorcio, no te negarás á esta sencilla petición.

»Hoy dispondré lo necesario para que mañana al *anochecer se reunan aquí varios de tus* amigos. Ven con ellos. Deseo concertar las bases de nuestra separación, llegando al acuerdo que no hemos podido llegar antes. Te espera, siempre tuya, *Fabricia.*»

El marqués acudió puntual á la cita. Era aún muy intenso el amor que hacia su esposa sentía, para dejar perder una ocasión de verla, de saciar sus miradas en aquel rostro adorable y *adorado. Eso sí: escudaría el honor en su irrevocable decisión de ultimar las bases del divorcio:* en aquella visita procuraría aparecer ante la sociedad como el marido inexorable que, al acudir al llamamiento, sólo ejecutaba un acto de pura conveniencia; un paso más para conseguir la separación que se imponía.

Y, no obstante, sintió dentro de sí como un asomo de desconfianza en el éxito. Considerábase acaso un estoico harto incipiente, para poder neutralizar con su frialdad forzada el efecto de aquella faz radiante y dolorosa.

Voces anónimas le habían dicho: «Tu mujer es culpable; *tu mujer te deshonra*». Amigos sinceros, y mediadores en el triste asunto, le habían manifestado claramente: «Tu mujer es un ángel; tu mujer no puede engañarte». Estos eran los menos, y su aseveración no pasaba de ser un producto psicológico: aquéllos eran los más, y sus rumores se propagaban nutridos, insistentes, ¡verosímiles!... De aquí su resolución, de aquí el abandono de su hogar, de aquí los duelos en *perspectiva...; pero de allí también un resto de duda, de allí también un continuo* remordimiento.

Cuando traspuso el umbral de la estancia donde era esperado; cuando se presentó ante su esposa y sus amigos reunidos, temblaba como un azogado, bajo el peso de sus hondas preocupaciones. Se repuso. Sin aceptar el asiento que se le ofreció, dijo secamente á Fabricia:

—Señora... Estoy á sus órdenes, pero por breves momentos.

Los concurrentes enmudecieron. Fabricia quiso balbucir algunas frases, y no pudo. Levantó su cabeza espléndida, miró á su caro esposo á través de una niebla de lágrimas, y volvió á inclinar la *frente, abatida por su dolor profundo.*

La sequedad del marqués la había atemorizado, y en su alma se desarrollaba una lucha gigante. Su inocente hija iba á ser arrastrada en la desgracia, si la prueba que pensaba dar al padre no surtía el efecto calculado.

Medió un silencio largo, insostenible. Nadie se atrevía á abordar directamente la cuestión.

Entonces, el marqués, impaciente, violento, hubo de dirigirse á los amigos:

—Oid,—les dijo.—He sido llamado por la señora marquesa para ultimar las condiciones de *nuestro divorcio. Ella, ó nada nuevo tiene* que decirme, ó bien el estado de su espíritu le impide hablar ahora...

Fabricia prorrumpió en ahogados sollozos. El marqués continuó:



La bella Casta;



y la bella Susana... Pero vaya unos nombrecitos

—Hasta hoy no se ha discutido ninguna cláusula de nuestra separación. Por los que me habéis dispensado el honor de intervenir en este asunto, cerca de la marquesa, sé que ella se opone á todas, lo cual equivale á una pretensión sistemática de entorpecer mi demanda; pretensión ingenua, puesto que debiera convencerse de que, con divorcio ó sin él, nada puede existir ya entre nosotros...

Nuevos llantos de Fabricia interrumpieron su grave impugnación. Después continuó, más conmovido, sacando un pliego del bolsillo:

—Aquí tenéis las condiciones que he formulado en la demanda, todas favorables para Fabricia, todas encaminadas al bienestar que le deseo... Ya os son conocidas; pero leedlas y que firme ella su conformidad.

Uno de los presentes tomó el papel y lo leyó en voz alta. Fabricia, abatida, parecía insensible á todo.

—Señora,—le dijo aquél, acercándose á ella, apenas hubo terminado la lectura.—Firmad, puesto que tal parece haber sido vuestro deseo al invitarnos á esta reunión.

Pero Fabricia, como si despertara de un forzado letargo, se levantó resuelta, hermosa y gimiente, llena de majestad, como una virgen ultrajada, y profirió entre sollozos:

—*No:* yo no firmo ese documento... Falta en él una cláusula... Dicen que mi hija no lo es suya... nadie negará que lo es mía... ¡hija de mis entrañas!... Pues bien... ¡que se la lleve! Me someto á separarme de ese otro pedazo de mi alma, hecha ya jirones por los infames... Que se la lleve consigo... ¡sólo bajo esa condición me someteré al divorcio!... Ella le recordará el nombre de su pobre madre... y yo me quedaré sola...!—Y luego, dirigiéndose á su esposo:—Ya lo sabes, Fernando... Llévate á la niña... ¡Acaba de llevarte esa última esperanza de mi vida!...

El asombro inaudito, contundente, se reflejó en todos los semblantes. También una idea consoladora relampagueó en el cerebro del marqués: la de que si él fuera un extraño para la niña, su madre, su entrañable madre, no se la entregaría tan gratuitamente... ¡Su paternidad sobre aquella criatura quedaba plenamente probada!...

Se reconcentró en sí mismo un breve instante; afluyó á su corazón un sentimiento de ternura infinita, y á sus ojos un mar de lágrimas candentes de arrepentimiento; sintió también desbordarse de repente toda la pasión que hacia su esposa sentía, y, emocionado, ciego, vertiginoso, avanzó hacia ella, y la estrechó fuertemente en sus amantes brazos.

EMILIO NAVARRO

Cantar

Luchando están entre sí,
para ver quién manda en él,
dos cariños en mi pecho:
el que tengo á una mujer
y el que yo á mi madre tengo.

Y en la lucha, que es terrible,
con frecuencia, por mi suerte,
esto pasa, que me asombra:
la ventaja que uno tiene,
pronto el otro la recobra.

EMILIO PÉREZ EGEA



Cuadro premiado con medalla de oro en la última Exposición de Londres



Primer paso del Cake-walk

La resurrección de don Juan

(CONTINUACIÓN)

II

Según confesión de la *hermana*, tuvo su enfermedad origen en un susto mayúsculo que le causó el presunto loco la misma noche en que se fugó del hospital.

He aquí el hecho: apenas Tenorio resucitado traspuso la puerta de su enfermería, dióse á cruzar con paso apresurado las galerías del establecimiento, en una de las cuales tropezó de manos á boca nada menos que con la sobresaltada *sor;* y al verla, recordó la hermosa figura de doña Inés de Ulloa y acometiéndola con ademán apasionado, estrechóla nerviosamente una mano entre las suyas, y cayó de hinojos á sus plantas clamando con voz plañidera y vehemente:

—¡Doña Inés del alma mía,
luz de donde el sol la toma!...

Con el susto que es de suponer, *sor* Concepción al verse en tamaño aprieto, procuró defenderse del inesperado envite, y aplicando un místico bofetón en la mejilla del atrevido sevillano, emprendió la fuga, pidiendo á gritos socorro contra el seductor.

El cual, cuando acudieron ordenanzas, practicantes y enfermeros en auxilio de la *hermana*, había desaparecido del hospital, sin que pudiera averiguarse cómo, ni por dónde.

Sea como quiera, el hecho es que don Juan, viéndose en la calle, apretó á correr, tropezando aquí, cayendo allá, repartiendo codazos y pisotones á diestra y siniestra, hasta que, rendido, jadeante y medio muerto, fué á parar con sus huesos en una *tasca* de los barrios bajos.

Acordóse de la famosa hostería del *Laurel*, y entró con grave continente, paseando la mirada sobre la concurrencia, como si buscase alguna persona que allí debiera esperarle.

Luego, se acercó al tabernero para preguntar:

—Maese Buttarelli, ¿ha venido Mejía?

Oyendo tal preguntilla el interpelado, juzgó que Tenorio se chanceaba y le contestó en términos tan descompuestos, que don Juan hubo de replicarle:

—¡Lléveme el diablo, sino me vienen ganas de acuchillarte, villano ruín, como en otros tiempos acuchillé á Sevilla entera... ¡Mal bodegonero!

El susodicho, que de tal manera se vió tratado, respondió con desabrimiento, próximo á montar en cólera:

—Ni yo me llamo Buttarelli, ni conozco á ningún Mejía, ni usted está en sus cabales, por lo que voy notando.

—Téngase de la lengua el muy soez y no abuse de quien desarmado va para castigarle



Segundo paso



Tercer paso

como merece, que jamás don Juan Tenorio admitió malas razones de ningún majagranzas como tú...

Al oir el nombre pronunciado por aquel extraño personaje, todos los concurrentes soltaron á un tiempo la más burlona de las carcajadas, á la vez que zumbones, exclamaban:

—¡Don Juan Tenorio!... ¡Ah, ah!...

A todo eso, habíanse liado ya Tenorio y tabernero á coces y puñadas; tomaron los demás parte en la refriega y entre todos acorralaron á don Juan, unos amenazándole con gruesos garrotes, otros con navajas formidables, quién con una botella, quién levantaba una banqueta sobre su cabeza dispuesto á aplastarle en cuanto hiciese el más mínimo ademán de resistencia.

En vano Tenorio trataba de acobardarlos clamando con voz extentórea:

¡Jamás ni muertos ni vivos
ahuyentarán mi valor!...

Por fin, cansado de recibir golpes y pullas, corrido como una mona, maltrecho y desconcertado, abandonó como pudo el campo, salió á la calle y continuó su excursión precipitadamente, murmurando:

—¡Este mundo no es el mío! ¡Diez hombres armados contra uno solo indefenso! ¡Cobardes! Antaño eran más nobles, hasta los rufianes! Esa es canalla baja y afeminada, que por lo visto asesina en colectividad, siempre que la víctima no pueda defenderse...

Y así diciendo, llegó á la Puerta del Sol, paróse frente á uno de los cafés que en ella existen y viendo que allí se reunía multitud de personas, al parecer decentes y formales, entró, y tomó asiento en un velador, cerca del cual, rodeando una mesa rectangular, hallábanse varios sujetos saboreando sendas tazas de café.

Acercóse un camarero á Tenorio, preguntando:

—¿Qué quiere usted tomar?

—¿Qué se toma aquí?

—Café, cerveza, licores, refrescos...

—¿Viene por aquí el capitán Centellas alguna vez?

—Vienen muchos capitanes, pero de ese nombre no conozco ninguno.

—¿Y don Luis Mejía?

—Tampoco.

—¿Y don Rafael Avellaneda?

—Seguramente no son parroquianos de este café... ¿Qué va usted á tomar?

—Algo de cenar, porque me muero de hambre.

—¿A la *carta?*

—Como quieras y pronto, que me impaciento.

Fuése el mozo para volver luego con la lista; mientras los de la mesa inmediata, que no habían perdido ni palabra del diálogo sostenido por don Juan con el camarero, mirando al estrafalario personaje y sonriendo, sin recatarse de que el interesado les oyera, decían:

—Es original.

—¡Pobre loco!

—Se habrá escapado del manicomio.



Cuarto... y á dormir



El arte del desnudo me enamora,
siempre que sea el modelo de señora.

—Sería obra de caridad volverle á él.

—¿Habéis oído? Preguntaba por don Luis Mejía.

—Y por el capitán Centellas...

—Y por Avellaneda...

—¿Será tan estúpidamente loco que se crea don Juan Tenorio?

—¿Quién me nombra?—preguntó don Juan, dirigiendo á sus vecinos miradas provocadoras.

Y al ver que su pregunta fué contestada con groseras exclamaciones, risas burlonas y soeces comentarios, al individuo que topó más cerca cogióle del cuello y abofeteóle á sabor, hasta que los compañeros del aporreado joven lograron separarle.

—¡Fuera, fuera!—gritaban á la vez los espectadores de la escena.

—En la calle os espero y uno á uno, ó todos juntos, lucharéis conmigo, ya que osáis *duda en mi valor ponerme...*

—Esa es mi tarjeta,—dijo airado el maltrecho contrincante, presentando á Tenorio el consabido trozo de cartulina á guisa de cartel de desafío.—Nombrad dos amigos que os representen y estipulen con los que yo designe, las condiciones del duelo...

—Dadme una espada, tomad otra, veníos conmigo adonde nadie nos estorbe y...

—Eso no lo consiente el Código del honor.

—¡Ah! ¿Conque en este país se legisla sobre el honor? ¿De cuándo acá el honor admite leyes y se sujeta á reglamentación, como vil mercancía lanzada á público mercado?... ¡El Código del honor!...

—Los caballeros, no deben reñir como rufianes.

—Convenido: yo soy tan caballero como vos y bien podéis medir, de igual á igual, vuestras armas conmigo...

—Necesitamos testigos, que concierten las condiciones en que ha de verificarse el encuentro...

—¡Por Cristo! Dos buenas espadas y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

—No puede ser en esa forma...

—Paréceme que tenéis pocas ganas de quimera.

Y al decir eso, abandonó el café, pensando:

—¡Vive Dios, que no entiendo jota de tales zaragatas! Yo siempre

á quien quise provoqué,
con quien quiso combatí,
y nunca consideré
que pudo matarme á mí
aquel á quien yo maté.

—Pero Señor... ¡Para qué habré yo resucitado!...

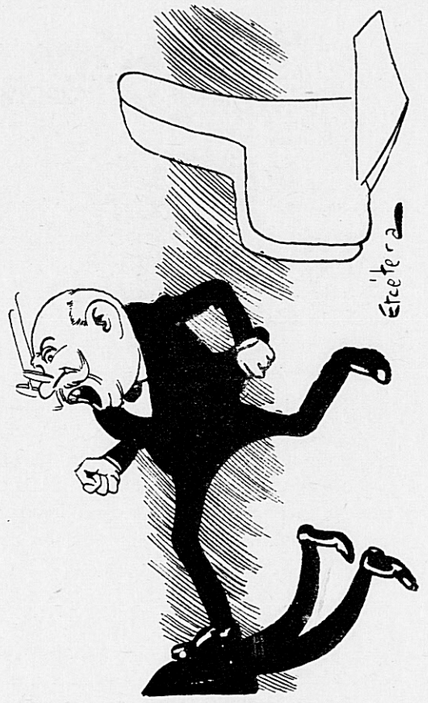
(Se continuará)

LUIS FALCATO

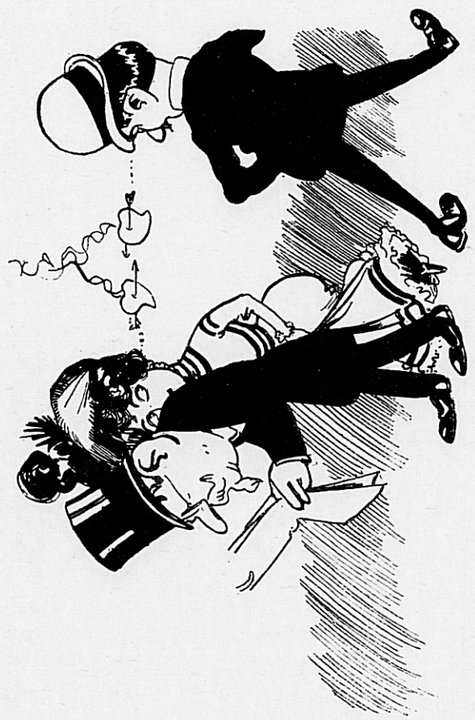
Trámites amorosos, *por Etcétera*



La chica le escucha así



Y el papá la niega así



El chico la cita así



El novio la pide así

Postales galantes

(Informaciones de LA SAETA)

AMALIA MOLINA

Los lectores de LA SAETA recordarán de seguro ese nombre, lo escribí en mis últimas *Postales galantes*, considerándolo como el alma del cartel en el Salón de Actualidades. Ciertamente la *vis* especialísima de Eduardo Montesinos, á quien debe Actualidades esa artista, bien merece una felicitación, que yo le envío desde estas columnas; y por lo que á la empresa hace también la felicito, porque francamente está de enhorabuena. En taquilla darán razón...

Amalia Molina, ante todo, es artista; si tiene algunos defectos muy fáciles de corregir, cúlpese de ellos al medio en que se desarrollaron sus facultades, al marco que le sirvió de copia, al acaso excesivo *flamenquismo* de sus anteriores públicos; porque hasta hace poquísimo tiempo (el que lleva en Actualidades), Amalia Molina ha cantado y bailado en el café de Novedades, en Sevilla, y todos sabemos la diferencia grandísima del flamenco *ínfimo* al flamenco de café-cantante. He aquí justificados ya algunos «resabios de tablado» que en la embocadura de un escenario *varietés* tienen un sabor fuertecito, despegan á la artista del cuadro y exigen una labor pulimentadora para conseguir la perfecta harmonía de conjunto. El excesivo movimiento de brazos, la brusquedad en la mímica, el mucho recalcado de palabras y una forma defectuosa de atacar los agudos cuando *entra*, son defectos en Amalia Molina que debemos señalarle cuantos nos interesamos por su porvenir artístico; que no obscurecen su figura, ni vulgarizan su labor escénica; pero que debe y puede corregir fácilmente.

Amalia Molina es sevillana; basta encontrarse con aquellos dos ojos parlanchines, ardientes en ocasiones, irónicos á veces, besucones siempre, para decir: ¡es sevillana!; y si la miopía del observador es tanta que no adivina con esos *datos*, saboreando el sentimiento de sus *Lunares*, la travesura de su *Morrongo* ó la guapeza de *Caramelo*, dirá de fijo, aun cuando no vea: ¡es sevillana! El conocido autor Enrique Alvarez, colaborador de Antonio Paso en *Los Cocineros* y *La Marcha de Cádiz*, ha escrito una habanera *azucaradísima*, á la cual ha puesto una letra no menos *azucarada* el empresario-periodista-autor y no sé si otra cosa más Eduardo Montesinos. ¿Diré que la simpática sevillanita ha echado el resto cantando *El Cocotero*, que así se titula esa habanera á ella dedicada por sus autores? Del mismo modo que los hermanos Quintero, habiéndola oído cantar el tango de los *Lunares*, perteneciente como es sabido á su obrita *El género ínfimo*, felicitáronla con entusiasmo, haciendo comparaciones que halagarían no poco los oídos de Amalia Molina...



Cantando el tango de "Los lunares"

Y á propósito de los *Lunares*, les brindaré á ustedes una letra muy aplaudida, donde desaparecen defectos grandísimos de forma y hasta de sentido, gracias al *sabor* que quien los canta sabe darles. Dice así la copla:

Si porque canto y bailo flamenco
dice la gente que me condeno,
será muy fácil que cuando muera,
será muy fácil no vaya al cielo.
Llamaré á San Pedro
le enseñaré mis lunares...
¡de fijo me echa pa dentro!

Yo, señores, por lo menos, la echaba...

PETRONIO

———————•———————

CHISTE.—Refería un andaluz que al pasar la diligencia por el puente de... se había caído al río, pereciendo las catorce personas que iban dentro, sin salvarse una sola.

—¿Y las han sacado?—preguntaba uno de sus oyentes.

—¡Ah! Sí, sí,—contestó el andaluz.—Lo menos han sacado veintidós.



Cantando "El morrongo"

El martirio

Sobre el musgo de las rocas escarpadas,
del molino la silueta silenciosa,
se veía, como espectro vaporoso
oscilando entre las rocas.
Y al crujir el engranaje que las velas
empujadas por el viento en danza ronca,
retorcían, deshaciendo el rubio trigo
que caía de la tolva...
la manchega de alto seno y grandes rizos,
y ojos negros, y caderas anchurosas,
empolvada por la harina, daba al viento
con tristeza melancólica,
la canción de su pesar, que era un poema
de recuerdos, encerrado en una copla.
Recordaba su canción á Juan Antonio,
que guiado por un «alma generosa»
cantó misa... ¡pobre mártir! las campanas
no repican á alegría en la parroquia
como todos los domingos, cuando él era
el demonio con figura de persona.
Hoy parece que en el alma lleva un peso
que le aprieta la garganta y que le ahoga;
las campanas que á alegría repicaban,
son lamentos lo que lanzan cuando tocan,
y la iglesia está en silencio, y el sol que entra
por los altos ventanales que la adornan,
como antorcha de fulgores mortecinos,
se deshace en lluvia de oro entre las sombras.
. . . . . .
¡Pobre mártir! Juan Antonio cuando cruza
por la iglesia solitaria y silenciosa,
el amor de la manchega recordando,
que mal rudo cada vez su alma destroza...
se parece á un alma en pena,
¡exhalando los suspiros que le ahogan!
Sobre el musgo de las rocas escarpadas;
del molino la silueta silenciosa,
se veía, como espectro vaporoso
oscilando entre las rocas.
Ya no canta la manchega de alto seno
sus canciones amorosas.
¡Florecillas que el dolor llevó en sus garras
hoy debajo de una cruz duerme en la fosa!
Entre tanto, que el chiquillo revoltoso
cruza el templo con las huellas dolorosas
en los ojos, que á la Virgen del Amparo
no le dejan de pedir misericordia.

LUIS ESTESO Y LÓPEZ DE HARO

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . . . 6 pesetas
Año . . . . . 11 »
Extranjero y ultramar, un año . . . . 17 »
Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA

ROMÁN GIL-EDITOR

PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodriguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodriguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Naufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)

Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.--BARCELONA
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.